

EL NIÑO

REVISTA MÉDICO-SOCIAL

DIRECTOR

Dr. Bartolomé Gómez Plana

COLABORADORES:

EXCMO. SR. D. LUIS DE LUNA,
Juez de Instrucción.

ILMO. SR. D. SEBASTIÁN MARTÍNEZ
DE PINJLOS, Jurisconsulto.

SR. D. MANUEL GUÉRRERO,
Catedrático de Filosofía.

SR. D. FILEMÓN BLÁZQUEZ,
Inspector de 1.ª Enseñanza.

DR. D. SERVANDO A. DE DIOS,
Publicista.

D. JOSÉ M. PÉREZ SARMIENTO,
Consul de Colombia.

DR. D. JUAN REINA Y CASTRILLÓN,
Médico de la Benefic. Municipal.

D. ENRIQUE MIRANDA Y SÁNCHEZ,
Alumno de Medicina.

CORRESPONDENCIA: SAGASTA, 12.

SUMARIO

Las enseñanzas de los «films» de la vida, Dr. Joaquín Hurtado Núñez.—*Vitaminas*, Servando Camúñez.—*De Vitaminas*, Dr. Gómez Plana.—*La vacuna antituberculosa*, F. Quiñones.—*Tendencia moderna de «La Gota de Leche»*, Duarte Salcedo.—*El alcoholismo*, Dr. Opisso.—*Varias*.—*Folletín*.

SUSCRIPCIÓN

En Cádiz: Un mes 0'75 ptas.
Fuera : Trimestre 3

PAGO MENSUAL.

Año II. Cádiz: Abril de 1922 N.º 13

EL NIÑO
REVISTA MÉDICO-SOCIAL
DIRECTOR
DR. BARTOLOMÉ GÓMEZ PLANA
PUBLICACIÓN MENSUAL

Año II

Cádiz: Abril de 1922

Núm. 13



NIÑO de 15 meses.

Las enseñanzas de los "films" de la vida

Película X

El verdadero padre

(Conclusión)

2.º *Condiciones posteriores a la paternidad.*—Las condiciones posteriores a la paternidad que debe reunir el verdadero padre, son: moralidad, religión, educación, mediana cultura, dotes de autoridad, y saber captarse la voluntad y el cariño de sus hijos.

La *moralidad*, tanto en su vida pública como privada, es condición necesaria para el verdadero padre, puesto que de ella depende su buen nombre, el que puro y sin mancha alguna, debe legar a sus hijos, para que éstos, en las mismas condiciones que lo heredaron, lo transmitan a sus descendientes.

El hombre que en sus negocios lícitos, en su profesión o en su oficio, se acredita de serio, de formal, trabajador y competente; el que debido a estos sus medios de vida, sin perjudicar, ni molestar a nadie, gana lo necesario para satisfacer con decencia sus necesidades y las de su familia, y adaptando éstas a sus ingresos, vive holgadamente dentro de su clase, satisfaciendo puntualmente sus compromisos y no debiendo nada a nadie, consigue que la sociedad lo señale como modelo digno de imitación. Y si a esta conducta pública une el observar una vida privada sin vicios, dedicando sus ratos de ocio al amor de su familia y en distracciones lícitas; si elige sus amigos entre las personas de idéntica conducta a la suya; si es humilde, dentro de la dignidad, con el superior, y afable y cariñoso con el inferior; y si consigue que todos los miembros de su familia imiten su conducta pública y privada, tiene mucho adelantado para que sus hijos, por el mero hecho de ser suyos, y debido tan sólo a llevar su apellido, gracias a él, encuentren muchas facilidades para ocupar un buen puesto en la sociedad, que les permita con holgura luchar en la vida con seguridades de éxito.

Y todo este bien que el verdadero padre proporciona a los suyos, sólo se debe a su moralidad.

La *religión* es un freno contra las malas pasiones y las malas costumbres, y por tanto, una de las necesidades más precisas para la sociedad en general y para el hombre en particular. Por eso no hay ningún pueblo civilizado que no sea religioso.

Sólo meditando detenidamente que existe otra vida que es eterna, en donde se nos ha de juzgar con severa justicia nuestras acciones en ésta, castigándonos o premiándonos, según que ellas hayan sido malas o buenas, es como únicamen-

te el hombre puede defenderse contra las malas pasiones que le asaltan a cada paso y consolarse de las penas e injusticias, que a nadie faltan en este valle de lágrimas denominado mundo.

Y si el hombre religioso verdad es bueno para sí y para sus semejantes, y si una sociedad compuesta de hombres religiosos tiene necesariamente que ser buena, la familia, como mínima expresión de la sociedad, será también buena, si es religiosa; y como la religión en la familia quien la debe imponer es su jefe o padre, he aquí por qué el verdadero padre debe ser religioso.

La educación es otra de las condiciones precisas para el verdadero padre, pues estando obligado a educar a sus hijos, y no pudiendo ni enseñar ni dar nadie lo que ni sabe ni posee, mal podrá cumplir con sus deberes paternales el hombre ineducado.

Hay un refrán referente a la educación, que dice que «las primeras misgas no se digieren nunca»; y no cabe encerrar en tan pocas palabras más verdad.

Efectivamente; la experiencia demuestra que muchas personas que disfrutan de colosal fortuna, y otras que brillan como grandes figuras en la ciencia o en las bellas artes, en su trato social dejan mucho que desear; y en cambio, en individuos de humilde posición se observan una expresión y unos modales tan distinguidos que, dada su clase, nos llama la atención su manera de conducirse.

Y la solución de este enigma no puede ser más sencilla, pues escudriñando un poco en sus respectivos árboles genealógicos, pronto se demuestra que los primeros, por veleidades de la suerte, o debido a su talento, procediendo de la clase proletaria, se elevaron a la posición que ocupan en la actualidad, y los segundos descienden de familias distinguidas a menos, perdieron su fortuna, pero conservaron la educación y la transmitieron a sus hijos.

Por ésto el padre debe expresarse en su casa sin proferir palabras soeces, ni adoptar posiciones ordinarias, no permitiendo que tampoco lo hagan ni su familia, ni sus sirvientes; debe corregir las faltas de unos y otros, aunque con energía, con cariño y respeto, no siendo ni grosero con los humildes, ni servil con los poderosos, sino digno y correcto con unos y otros; no debe demostrar nunca en su domicilio los disgustos, ni las contrariedades que pueda haber tenido en la calle; ni tratar delante de su mujer e hijos ni de cuestiones escabrosas, ni inmorales; sin tampoco dejar al alcance de éstos escritos, libros, ni grabados pornográficos, ni demasiado expresivos de cierta clase de asuntos en extremo delicados, para no exponerse a que, como en los niños la memoria y el espíritu de imitación están tan desarrollados, puedan copiar de él cosas incorrectas, ya que en la corrección, en palabras y en obras, es en lo que consiste la verdadera educación.

Una mediana cultura es otra de las necesidades del verdadero padre, la suficiente para que sabiendo distinguir lo bueno de lo malo, pueda inclinar a sus hijos al bien y apartarles del mal.

En España—salvo honrosas excepciones—las clases elevada y proletaria son las menos cultas; la primera, por falta de caridad y conciencia y exceso de vicios; y la segunda, porque no sabiendo ni hacer valer sus derechos, ni cumplir con sus deberes, carece de un trabajo remunerador que la permita hacer frente con

holgura a sus más imperiosas necesidades; y una y otra, debido sólo a su incultura, son las que menos individuos útiles dan a la patria y entre las que causan más víctimas las enfermedades y la muerte.

Si ambas clases fuesen más ilustradas, el dinero que el rico derrocha en vicios lo gastaría en Empresas industriales, que a la par que aumentasen su capital, darían más trabajo al pobre y elevaban la riqueza de la nación; y si el pobre cumpliera con sus deberes y supiera hacer valer sus derechos, tendría trabajo en condiciones que le permitiese vivir una vida más higiénica, solucionando de una vez y para siempre este problema, que para él es en la actualidad de vida o muerte, sin necesidad de dejarse guiar por esos falsos apóstoles que valiéndose de su ignorancia, le ofrecen un ideal utópico de prosperidad y grandeza, a cambio de que inconscientemente les ayude para sus medros personales, arrojándole a una lucha en la que sólo encuentra como término de ella la muerte o el infamante presidio.

Y ricos y pobres gozarían de esos dones tan necesarios para la vida que se llaman paz y salud.

En cambio la clase media, como es culta, aun encontrándose falta de la protección de los de arriba y sin ayuda de los de abajo, se defiende sola, y hasta teniendo medios para imponerse a la nación, es tan altruísta, que no sólo le evita dificultades, sino que hasta le dá a la patria los individuos más útiles, más sanos, más ilustrados y menos viciosos.

Y que ésto es así, nadie lo negará, ya que de su seno surgen los médicos, que con sus consejos y en lucha con las enfermedades y la muerte defienden nuestras vidas; los abogados, que en el foro hacen valer los derechos de la justicia; los ingenieros, que mueven las fábricas y tienden las vías férreas y construyen las carreteras, para facilitar el tráfico; los marinos, que dirigen las naves que van de uno a otro Continente; los químicos, que en la soledad de su laboratorio descubren los nuevos productos útiles a la industria; los literatos, que nos deleitan y nos ilustran; los artistas, que nos dan gloria ante las demás naciones; los comerciantes e industriales, que aseguran la vida nacional; y la oficialidad de nuestro Ejército y nuestra Marina, que dirigiendo a sus soldados, defienden el orden público y el honor de la patria, etc., etc.

En resumen: como para ser útil a la familia y a la sociedad hay que tener la cultura necesaria para distinguir el bien del mal, por ésto el verdadero padre debe ser culto, para que, siguiendo su ejemplo, lo sean también sus hijos.

Si la autoridad es imprescindible para gobernar los pueblos, y si la sociedad para conducirse correctamente necesita acatar la autoridad de sus directores, la familia también necesita que su jefe o padre posea *dotes de autoridad*, para que imponiendo ésta dentro de su seno, la guíe por el camino recto del bien y de la justicia.

Y no es preciso que el padre se convierta en un juez tan sumamente severo que castigue cruelmente a su esposa e hijos por la más futil falta; ni que con la amenaza del castigo tenga a su familia metida en un puño—como vulgarmente se dice—, pues la experiencia demuestra que los padres, con tal conducta, lo único que consiguen es convertir a los suyos en hipócritas, que aunque en su

presencia parecen someterse a su autoridad, a espaldas suyas les odian y estudiarían el modo de burlarse de ellos.

La autoridad no se impone por la fuerza bruta, sino con amor.

Para corregir una falta o un defecto, es preciso demostrar, primeramente, que aquélla o éste existen; y segundo, que ambos son nocivos o contraproducentes, para una vez demostrado ésto, tratar de evitarlo para lo sucesivo, y sólo cuando de este modo no se consigue la enmienda, es cuando con energía, y a ser necesario por la fuerza, hay que impedir a todo trance que se repita.

Las faltas de los hijos hay que corregirlas desde pequeños, y tan pronto como se cometan, pues si se deja su corrección para cuando sean mayores, cuesta mucho más trabajo conseguirlo, si es que se puede llegar a conseguir.

En una palabra: es preciso un tacto especial y una prudencia excesiva para poder imponer la autoridad dentro de la familia, y sólo procediendo de esta manera es como se consigue enmendar los defectos de ésta, sin llegar a hacerse odioso, sino antes al contrario, aumentándose las corrientes de simpatía y cariño que siempre deben existir entre el padre y los demás miembros que constituyen la familia.

Por último, el verdadero padre debe saber *captarse la voluntad y el cariño de sus hijos*.

El hombre que desde pequeños guía a sus hijos hacia el bien; que corrige con paciencia y cariño, aunque con energía, sus defectos; que satisface con amabilidad la curiosidad de éstos, encontrando en todo el medio de enseñarles algo útil, y que a la par observa una conducta ejemplar digna de imitación, tiene mucho conseguido para que sus hijos le respeten, le admiren y le confíen todas sus dudas para que él les aconseje la conducta que deben seguir.

Este padre, sin perder un átomo de su autoridad, es el mejor consejero de sus hijos, porque ha logrado captarse por completo la voluntad de éstos, hasta el extremo de que nada hacen sin previamente consultárselo, ni sin su consentimiento.

Y de este sencillo modo, no sólo consigue guiar a sus hijos en todos sus pasos por la vida, sino que imponiéndoles su buen criterio, logra que éstos le crean con una fe ciega y que le adoren.

Cuando el padre logra reunir las condiciones arriba apuntadas, es un verdadero modelo, digno de imitar y de admirar, y su esposa e hijos son los primeros en reconocerlo.

Para terminar, y siguiendo nuestra costumbre de ilustrar las películas con cuadros observados en la vida real, vamos a presentar tres de éstos, que corroboran todo lo que acabamos de decir acerca del verdadero padre.

Hace ya algunos años que tuve la suerte de honrarme con la amistad de un hombre bueno, digno, correcto y cariñoso, que de la nada, y a fuerza de trabajo y honradez, logró hacer una enorme fortuna, llegando a ocupar uno de los primeros lugares entre los capitalistas de una hermosa ciudad de Andalucía.

Un día, y para sincerarse, con motivo de haber sido criticado por casar a una de sus hijas con un modesto comerciante, sin más fortuna que su trabajo y su crédito, le oí hacer el relato de su vida, de la que hago merced a mis lectores, por ser la de un verdadero padre digno de imitación.

Hijo de un barbero, aprendió el oficio de su padre, y, aficionado a la música, consiguió dominar el violín, entrando a formar parte de una orquesta, y con su oficio y su arte ayudaba a sus padres, dedicando aún algún tiempo para el estudio, llegando a poseer el título de Bachiller.

Cuando conseguido dicho título académico se disponía a estudiar una carrera, su padre enfermó y quedó inútil para el trabajo, convirtiéndose él, entonces, en el único sostén de su casa, lo que le obligó a renunciar a sus propósitos.

Y así continuó hasta la muerte de sus padres.

Muertos éstos, y no queriendo continuar con su oficio, un industrial amigo de su padre y cliente suyo, le propuso colocarlo en su casa como encargado del escritorio, cargo que aceptó, cumpliéndolo tan a satisfacción de su jefe, que éste lo interesó en su negocio, convirtiéndole en socio suyo.

Su protector, que era un anciano, con un solo hijo de dos años, casado con una mujer muy joven, cuando esperaba volver a ser padre, falleció.

Antes de morir llamó a su socio, y encargándole a su viuda e hijos, le aconsejó que a su muerte se casase con su esposa y fuese un padre para sus huérfanos, pues tal era el buen concepto que le merecía.

Tres meses después de la muerte del anciano, su viuda daba a luz a su hijo póstumo.

Pasaron tres años, y la industria, gracias a la gestión laboriosa y honrada de su nuevo jefe, prosperó de tal manera, que hubo que extenderla y ampliarla, dando con ello motivo a que una numerosa legión de trabajadores encontrasen en ella su sustento.

Como la gente, envidiosa de la prosperidad de mi amigo le calumniase, propalando que sostenía relaciones ilícitas con la viuda de su protector, siguiendo el consejo de éste, se casó con ella, y ya en su nueva situación fué tan afortunado, que su negocio se convirtió en un verdadero río de oro, llegando a poseer una colosal fortuna.

De su matrimonio tuvo cuatro hijos, tres hembras y un varón, además de sus dos hijastros, que le querían como a un verdadero padre, correspondiendo así a sus desvelos y cariño hacia ellos.

A todos les dió una esmerada educación, y como si no tuviesen fortuna, les obligó: a los varones, que eligiesen los medios de vida por ellos preferidos; y a las hembras, las casó con los hombres que ellas quisieron, imponiéndoles como única condición, que su elección recayera en individuos honrados y trabajadores.

De sus entenados, uno es un farmacéutico acreditadísimo, y el otro dirige su industria. Su hijo varón es un laureado pintor de historia. Sus hijas casaron con un comerciante, un médico y un abogado y labrador, respectivamente.

Cuando murió mi amigo, rodeado del cariño de su familia y sus obreros, que le adoraban, dejó una enorme herencia, que por haberlo dispuesto así él, a la muerte de su esposa—a la que dejó toda en vitalicio—se repartió por partes

iguales entre sus hijos y entenados, salvo una parte bastante considerable que legó a sus obreros.

He aquí la historia de un hombre digno y verdadero padre, que prefirió que sus hijos y yernos fuesen honrados, trabajadores y útiles, en lugar de individuos ¿bien? viciosos y dilapidadores de la fortuna que él a fuerza de trabajo consiguió reunir para los suyos.

Y todavía habrá seres tan despreciables que critiquen la conducta de aquel gran hombre, digno de imitación.

II

En mi vida escolar tuve, entre otros, a un catedrático, que a su mucha ciencia unía una simpatía tan grande, una honradez tan acrisolada y un trato tan sumamente agradable, que no se podía conocerle a fondo sin admirarlo como sabio, ni dejar de quererlo y respetarlo como a un verdadero padre.

Y a este querido maestro, cuyo nombre va unido al progreso de la Cirugía y Oftalmología en España durante el último tercio del pasado siglo, voy a referirme, citándolo como ejemplo de verdadero padre, y rindiendo con este motivo a su memoria una pequeña prueba de mi cariño y mi respeto hacia él.

Hijo de Madrid, en reñida oposición, siendo casi un niño—pues sólo contaba 24 años—, ganó la plaza de catedrático de Patología y Clínica quirúrgicas en la Facultad de Medicina de Granada.

Desde su llegada a la ciudad de los Cármenes, y gracias a su talento y honradez, pronto ocupó uno de los primeros puestos entre los sabios maestros de aquel claustro y consiguió hacerse de una numerosa y escogida clientela; puesto y clientela que conservó durante su larga vida, y eso que cuando murió había cumplido 75 años.

Cuando, cimentada su reputación profesional y asegurado por completo su porvenir, se casó, lo hizo con una señorita cuya honradez y educación corrían parejas con la escasez de su fortuna, la que durante los treinta años de su matrimonio le hizo feliz, dándole seis hijos, de los cuales, cuatro fueron varones, y dos hembras.

Hombre recto, de conducta pública y privada intachable, sin más amores que: su familia, a la que adoraba; su cátedra, a la que rendía excesivo culto; sus alumnos, a los que enseñaba todo lo mucho que sabía y a los que quería y aconsejaba como verdadero padre; y su profesión, de la que, enamorado, le dedicaba por completo toda su ciencia y toda su vida; siempre hizo el bien, no inclinándose ante ninguna influencia injusta, por alta que fuese; siendo siempre su norma de conducta la bondad, la justicia, su apoyo al desvalido y su respeto para todo el mundo.

Su profesión, siempre y graciosamente estaba a la disposición del pobre; su bolsa, abierta para el desvalido; y con su apoyo metálico e influencias, contaban todos los buenos y humildes estudiantes; y gracias a éste su modo de proceder, muchos desheredados de la fortuna pudieron llegar a ser médicos, labrando su porvenir y la felicidad de los suyos.

En la enseñanza, ocupó todos los cargos; desde alumno interno, auxiliar y catedrático, hasta los de decano y rector de Universidad, y en todos demostró su competencia, desempeñándolos dentro de la más recta justicia, a gusto y satisfacción del más exigente.

Y dentro de su hogar, fué un padre modelo que educó y guió a sus hijos por el camino del bien, y que convencido de que como su conciencia no le permitía ni medrar, ni hacer de su profesión un negocio mercantil, no les podía dejar una fortuna, le labró a cada uno su porvenir, teniendo la tranquilidad de verlos, antes de morir, a uno, de catedrático de Medicina; a otro, de abogado y notario de una capital de importancia; y al otro, como dueño de una acreditada farmacia; habiéndole arrebatado la muerte al menor cuando cursaba la carrera de Leyes.

De sus hijas, una casó con un abogado de acreditado bufete, y la otra es esposa de un digno magistrado.

Su muerte fué para Granada una gran pérdida, y su entierro constituyó la manifestación más elocuente del cariño de un pueblo hacia uno de sus vecinos predilectos, pues baste decir que su cadáver, conducido a hombros por sus discípulos, fué acompañado por más de seis mil personas pertenecientes a todas las clases sociales y por unos trescientos carruajes; que su duelo fué presidido por todas las autoridades, llevando una de ellas la representación del Gobierno de S. M.; que el cortejo fúnebre (previa autorización del Ministerio de Instrucción Pública) atravesó los bosques de la Alhambra—honor concedido en contados casos—, y que el ayuntamiento de la ciudad acordó y cumplió el acuerdo, de dar su nombre a la calle donde vivió.

Entre las muchas coronas que las entidades oficiales y numerosos particulares enviaron a su entierro, llamó la atención de los concurrentes una, hermosísima, confeccionada con flores naturales, en cuyas cintas se leía: «Al hombre honrado...» y seguía un nombre y un apellido.

Y efectivamente; ella expresaba el concepto que mereció su labor en esta vida, pues un hombre honrado y un verdadero padre fué mi querido e inolvidable maestro.

III

Entre los clientes que me honran utilizando mis modestos servicios facultativos, figura una familia obrera formada hasta hace dos años, por el matrimonio, ocho hijos varones y tres hembras.

El padre, ya fallecido, era uno de esos obreros chapados a la antigua—y tan escasos en la actualidad—que sólo han servido en una casa y que siempre han dedicado su vida a su familia—a la que han procurado atender y educar, dentro de sus medios de fortuna, de la mejor manera—y a la defensa de los intereses que sus amos les han encomendado.

Sus hijos nunca han conocido lo que es el hambre, y siempre han estado aseados y han vestido con decencia.

Todos saben leer y escribir y poseen una educación poco frecuente, dentro

de lo humilde de su clase. Saben respetar a sus superiores y ser cariñosos con sus compañeros de trabajo, y conocen a la perfección y cumplen debidamente con su oficio de obreros agrícolas.

Sus hijas son mujeres honradas y de su casa, sabiendo distribuir un jornal modesto para que alcance a satisfacer las necesidades de una familia, pues su madre les enseñó lo que ella viene practicando toda su vida, para ponerlas en condiciones de hacerlas perfectas casadas.

Educados de esta manera, e imitando todos la conducta de sus padres, a los que siempre han adorado y respetado, estos hijos gozan de la mejor reputación, siendo los varones solicitados con empeño por las casas de labor de la localidad para sus trabajos.

Antes de morir el padre, tuvo la satisfacción de ver a sus hijas casadas y felices, con obreros de idénticas condiciones que sus hijos, y a éstos, todos hombres, con medios para ganarse su sustento, los que siendo solteros, siguen viviendo en familia bajo la autoridad de la madre, a la que entregan sus jornales.

La vacante que su padre dejó en la familia la ocupa su hijo mayor, al que todos sus hermanos respetan como al verdadero jefe de la casa, y todos siguen conduciéndose del mismo modo y gozando de la misma reputación de honradez que gozaban en vida de su anciano padre.

Estos hijos del trabajo deben el concepto de que gozan en la sociedad y el respeto con que se les trata, a que su progenitor fué un verdadero padre, y a que ellos, educados por él, han sabido imitar su conducta, honrando su memoria.

De los conceptos vertidos y de los cuadros presentados en esta película, se deduce:

1.º Que el hombre, antes de formar su familia, debe estar capacitado para ello.

2.º Que el verdadero padre puede serlo, sea cualquiera la clase social a la que pertenezca.

3.º Que los hijos de los padres buenos son, por lo general, individuos honrados, trabajadores, educados, y por tanto, útiles a la sociedad; y

4.º Que si todos los cabezas de familia fuesen verdaderos hombres conscientes de sus deberes y de sus derechos, y educasen bien a sus hijos, la sociedad disfrutaría de una paz beneficiosa para todas sus clases, y las tan decantadas libertad, igualdad ante la ley y fraternidad, serían una hermosa realidad y no una utopía, como lo es en la actualidad y lo seguirá siendo *per sécula seculorum*.

DR. JOAQUÍN HURTADO NÚÑEZ

Medina Sidonia y marzo de 1922.



VITAMINAS (1)

Para EL NIÑO

Tranquilícense los lectores.

No pienso molestarlos con mis conocimientos biológicos, ni mucho menos con escritos llenos de erudición barata.

Sé muy poco de todo eso que se relaciona con las fisiologías de la vida, y fuera en mí pedantería inconveniente, la de molestar a sabiendas por dárme las de instruído o de semi-sabio.

El asunto de que voy a ocuparme es muy sencillo; casi vulgar; pero hace mucho tiempo que me preocupa y quiero exponerlo a la publicidad, por si alguno de mis compañeros se digna recoger mis palabras y honrarme con sus ideas en beneficio del acervo común.

Trátase de una experiencia estudiada en 1897 por el fisiólogo Eijkman, y que repetida después multitud de veces, ha servido y sirve de base para fundamentar el hecho de que hay en los cereales, substancias que despreciamos y que son esenciales para la alimentación y para el sustento de la energética humana.

Mencionaremos el experimento de Eijkman, para que los amables lectores puedan después hacerse cargo de cuanto digamos en relación con él.

A unos cuantos grupos de gallinas y pichones se les alimentó durante un determinado tiempo con arroz decortinado y cocido.

Los animales sometidos a esta alimentación murieron todos.

Al par que a los anteriores, se alimentó a otros grupos al mismo tiempo con arroz decortinado solamente; murieron también; aunque más tarde.

Al tercer grupo de animales se les dió de comer arroz con su corteza, a unos crudo y a otro cocido, y no murieron ninguno y se desarrollaron y engruesaron normalmente.

Este ha sido el hecho inicial: de él ¡qué de deducciones, experiencias y métodos han surgido!

Las hipótesis han formado castillos en el aire y fuegos de artificio, y hasta ya se ha logrado llevar a la Farmacología *vitaminas* de todas clases, las cuales vienen a sustituir dentro del mercantilismo médico moderno, los últimos específicos para las aplicaciones dictéticas del niño y del adulto.

Pero nosotros vamos a quedarnos parados en mitad del camino, y sólo hablaremos del trigo, cebada y demás cereales que sirven para la alimentación del hombre y del niño; asunto muy importante que debe conocer todo el mundo y que puede ser una guía segura para la más perfecta y conveniente alimentación.

Las harinas molturadas en los antiguos molinos y cernidas después con ce-

(1) Se llaman *Vitaminas* a los principios indispensables y necesarios para la nutrición completa y el sostenimiento del equilibrio biológico.

ción; ¡bien saben y bien prestan los frutos de la naturaleza, donde la mano del hombre, guiada por la codicia, no resta ninguno de sus armónicos elementos!

Prontamente la experta mano de Nik retuvo por un ala al más recio y valeroso de los vástagos de la casa Rouen, un verdadero Vargas Machuca en eso de repartir aletazos.

— Bien por Nik; un pato menos es una ración más—dijo sin dejar de comer el más desarrollado de los de Eider. Pero no había terminado de decir esto, cuando el trovador y valeroso guerrero de los de Aislbury se encontraba graznando protestas entre las manos de D. Juan y poco tiempo después el mismo Eider aleteaba, atrapado por Nik y, sospechando algo infausto, pedía protección a Neptuno.

— Ya no más, Nik—dijo el avicultor—vamos fuera y verás que buena liga hacen.

Y a partir de aquí empieza lo trágico, lo horrible, lo repulante de esta verídica narración que hace poner las plumas de punta a cualquier ave, así tenga el pico más corvo que un aguililla imperial.

Hasta Angelita, la linda hija del avicultor que

crática parentela allá en unas islas llamadas Británicas.

Pero los de Rouen, que en nada querían ceder, les salían al encuentro, haciéndoles saber que su alcurnia era tan rancia e ilustre, que se creían emparentados por línea no muy sinuosa, nada menos que con los discretos e imponderables Gansos del Capitolio.

Y con tantos deseos de superarse en gentes tan imprudentes y que demostraban ser tan belicosas, hubo ocasión a que con sus nombres se pudiera parodiar aquel pasaje de la obra de un célebre clásico.

Y como suele decirse: el gato al rato; el rato a la cuerda; la cuerda al palo; daban los de Aislbury a los de Eider; los de Eider a los de Rouen; los de Rouen a los de Eider; los mandarines a los de Aislbury; y todos menudeaban con tanta prisa, que no se daban punto de reposo en el pugilato.

Desde aquel día, las relaciones entre la distinguida grey palmípeda fué de mal en peor, y hasta pretendieron los efervescentes convecinos

mezclarnos en sus cuitas; pero por fortuna, mi cara mitad y yo proclamamos la neutralidad a todo evento, a pesar de ser constantes espectadores de aquella lucha saguntina.

La señora de Rouen hablaba hasta de cosas privadas de la familia que presumía del edredón, y los de Aisilbury hacían resaltar a cada paso que toda aquella gente era indocumentada y no podía ni debía ser respetada por ellos. De forma, que a fuerza de dejarse oír tan malas lenguas, llegaban hasta a resultar justificados todos los picotazos.

Yo presentía que una catástrofe había de cerne sobre nuestras cabezas, porque cuando la discordia prende de tal manera, parece, primero, advertencia de que el camino seguido es desacerado, y después, castigo justificado a la falta de juicio y sobra de pasiones mal refrenadas.

Cada día y cada vez que el buen Nik iba a darnos la codiciada ración, exclamaba del mismo modo: «Fué una equivocación; ésto no puede seguir así!» y yo estaba completamente de acuerdo en que era necesario variara la vida de continua algarada que padecíamos.

rio, sin duda estaba relacionada con aquellas palabras enigmáticas pronunciadas, con tan marcada intención, por nuestro señor y dueño, el opulento y robusto D. Juan.

No por ello varió de disco y proyección la revoltosa comparsa; el hambre realmente no es buena consejera de paces y de treguas y aquella mañana se trató sin duda de parodiar entre ellos el último día de Numancia.

Yo por mi parte me encomendé en Lohen-grin, que por eso de ser el caballero del cisne es para nosotros una venerada institución y en el ave Fenix, que nos da a los plumíferos una grata idea de resurrección que nos consuela y anima, tanto como el ideal de producir una indigestión a los que se gozan y regalan con nuestros carnales despojos.

Aquella tarde en cambio llegó, sin hacerse mucho esperar, la ansiada compensación. Don Juan precedía a Nik que llevaba pendiente de su amo un panzudo canasto repleto de un maná en forma de aureo maíz, que pronto descendió pródigo a un reducido espacio de aquel suelo. Ninguno fuimos reacios a la espléndida invíta-

sicos tiempos romanos de Horacios y Curiacios, que tanto por tierra como por la vía fluvial, hacían toda clase de filigranas guerreras.

La Naturaleza empezaba a tomar tonalidades sombrías; también el cielo se cubría con frecuencias de nubarrones grises; los cálidos rayos solares llegaban cada día con menos vigor a teñir la corola de las ya escasas florecillas de los prados; muchos árboles habían abandonado sus hojas, quemadas por el soplo de un viento helado, que llegaba desde la blancura de la Sierra. El invierno no había afianzado sus dominios.

Una de aquellas mañanas frías y tristes esperaríamos, como de costumbre, la visita del repartidor de alimentos; pero, ¿sería castigo, sería olvido? No cabía descifrarlo; mas el caso fué que pasó sin detenerse y sólo por los aleteos y el canto de una familia chantecler vecina pudimos enterarnos de que la humeante pasta, acostumbrado desayuno, había merecido especial aceptación.

Al Mala señal era esta omisión que, a mi crite-

Cierto día se cruzó con Nik el Director de la granja. Era éste un verdadero y característico tipo de avicultor; recio, cuidado de su persona y bastante abandonado de la limpieza de sus ropas; sin duda aquel día habría estado, como otros muchos, encaramado en algún gallinero para cerciorarse del estado de limpieza, que era una de sus más constantes preocupaciones. Ni el ángulo facial, ni la brillantez de su mirada, caracterizaban a nuestro dictador; pero su abdomen voluminoso era delator de que no en vano se preocupaba del crecimiento y multiplicación de su alado rebaño. No sé por qué los que a esta interesante especialidad se dedican bajo la capa de aficionados a la estética avícola, ocultan un verdadero apasionamiento por las odiosas artes tan bien reglamentadas por el ingenioso Angel Muro.

D. Juan (éste era el nombre de nuestro importante personaje) era bastante parlanchín, muy a propósito para sembrador de ideas fáciles, y sobre todo, risueño; ¡cómo se conocía que reinaba sobre un dilatado gallinero, donde los problemas son muy llevaderos y nutritivos! A pesar

de su aspecto patriarcal y de tener una hija que gozaba de nuestra predilección por sus generosos obsequios, no es de extrañar que entre su numerosa y semetida población, gozara de muy escasas simpatías.

—¿Qué tal esta gente?—preguntó el descri- to avicultor a Nik.

—De mal en peor —contestó éste—; no quie- ren hacer las paces.

—*Ya las harán*—añadió campanudamente el omnipotente D. Juan, subrayando sus palabras con una intencionada risa, y se alejó, enigmáti- co, hacia un departamento de donde parecían llamarle, en correcto castellano, unas insoportables gallinas de Guinea.

Aquellas tres palabras se me quedaron im- presas como presagio de fieros males; parecía- me, siempre fatalista, que tenían no poca analo- gía y parecido con aquellas otras tres que una mano misteriosa trazó en la sala donde se cele- braba el famoso festín de Baltasar, momentos antes de que los persas, guiados por Ciro, pasa- ran a cuchillo al último Rey de Babilonia y a gran parte de sus corrompidos cortesanos.

Por mi cuenta me dediqué a predicar la paz, pero lo hacía como en desierto; les expresé to- dos mis temores y casos bien elocuentes de la conveniencia de adaptarse a las circunstancias, algunos de los cuales, como éste que voy a refe- rir, había oído a un ave cantora muy ilustrada que sabía leer los caracteres impresos por otras aves en los retorcidos troncos de árboles cente- narios. Los mosquitos, en una edad remota, prac- ticaban a la luz del sol su atrevido modo de ali- mentarse; pero persuadidos de las grandes difi- cultades con que tenían que luchar y diezmaban constantemente sus filas, tomaron el acuerdo de resignarse a ser hijos de las tinieblas, a pesar de su sonora trompeta y de sus ojos diminutos. ¿No era, pues, digno de seguir un ejemplo como éste y deponer las rencillas, que a nada bueno con- ducían, para evitar aquel continuo desasosiego? Pero nuestros congéneres, ni aunque les predi- cara un ruiseñor estaban dispuestos a ver su pro- pia conveniencia, y las cosas siguieron de mal en peor; con frecuencia volaban plumas arran- cadas por aletazos y mordiscos, y en incansables luchas parciales, parecían reproducidos los clá-

dazos no muy finos, daban un producto que contenía la mitad de las cutículas y la totalidad del centro amiláceo del grano.

Estas harinas, de las que no se saca más que uno o dos rebazos, servían y aún sirven en los pueblos del campo y en la población obrera agrícola, para hacer esos panes oscuros y algo bastos, que constituyen el principal alimento de los trabajadores.

De la fuerza, la energía y resistencia de ellos no hay que hablar, porque aún hoy que el pan se mezcla con harinas de poco ázoe, como las de cebada, avena, etc., etc., resultan vigorosos y resistentes y sanos los que comen el pan moreno y con mucho salvado entremezclado con la harina.

Los habitantes del campo, en general; los de los cortijos, aldeas, etc., se desarrollan fuertes y vigorosos desde la primera infancia.

Y no es, en modo alguno, por la higiene de sus habitaciones; pues la inmensa mayoría habitan en malísimas viviendas y en amplia promiscuidad con sus burros, cochinos, gallinas, etc., etc.

El aire de esos antros llamados chozas, casas con techo de junco o paja, etcétera, es sumamente infecto y acaso igual o peor que el de nuestras más criticadas ciudades.

Hay otro hecho, que hemos tenido ocasión de observar muchas veces, y que nos llamaba la atención.

Me refiero a la manutención de las gallinas y demás aves de corral, con los residuos de la fabricación del almidón.

En este residuo, era muy rara la presencia de la parte interna del grano del trigo; lo que abundaban en él eran las cutículas; pues con este alimento, las gallinas engordaban y se sostenían.

De todo esto se deduce que las cutículas de los cereales, y acaso las de los frutos maduros, sean imprescindiblemente necesarias para la alimentación del hombre.

Y allá va nuestra pregunta y la súplica de que se sirvan honrarme contestándola los que se crean autorizados para ello: ¿El pan, las harinas, los bizcochos, los específicos alimenticios cuya base es el trigo molido, etc., etc., debemos seguir tomándolos como hasta aquí, o necesitamos, niños, adultos y viejos, que vengan mezclados con sus cutículas, para que cumplimenten las finalidades de alimentar?

¿La del ilidad, la anemia, etc., que tienen los pequeñuelos de las ciudades, serán debidas a la falta de no ingerir más que el centro amiláceo (almidón) de los cereales?

El pan blanco, con mucha agua y poco cocido, ¿no será el padre del raquitismo, de la neurastenia y las degeneraciones fisiológicas?

Al director de EL NIÑO y a mis compañeros gaditanos pedimos amablemente sus opiniones.

¿No es un asunto, éste, de vital interés?

SERVANDO CAMÚÑEZ

Cádiz, marzo 1922.

De Vitaminas

El Dr. D. Fernando Camúñez, Profesor competentísimo de esta Facultad de Medicina, tan sobrado de méritos como de modestia, en el excelente artículo que habrán saboreado nuestros lectores, aborda el moderno problema de las VITAMINAS.

Y lo hace, como más conviene a la utilidad del tema; esto es, bajo el punto de vista práctico, inquiriendo el parecer de los compañeros y también (esa es la equivocación) el mío.

Desde luego, no ha de ser mi pobre opinión la que le satisfaga ni resuelva en concreto la cuestión: además, es un tema que está en vías de evolución, de estudio, de experimentación y dentro de una nebulosa a la que los hechos solamente habrán de darle feliz término.

No han de ser, pues, mis breves explicaciones más que un acto de obligada cortesía y una correspondencia leve, por no poder ser mayor a quien me honra con su pregunta.

Las *vitaminas*, hoy por hoy, se sabe *qué* es, pero a fondo, no se sabe *lo que son*: su existencia, la demuestran los hechos; su constitución íntima, se ignora: decía un sabio, que cuando el hombre no sabe una cosa, inventa una palabra: esta palabra sirve muchas veces de puente, o de andamio, como las hipótesis, para llegar a un punto más alto en el edificio científico y no puedan ni desecharse, ni darle más valor tampoco, que el de una cosa provisional.

El punto de partida de las Vitaminas es un notable experimento científico, ya expuesto en el artículo del Sr. Camúñez: a un pichón se le dá arroz decortinado y cocido, y muere; a otro se le dá decortinado sin cocción, y muere también, pero más tarde; a un tercero se le dá en condiciones normales, esto es completo, y vive.

Claramente se deduce, que existe en la cortícula un principio o sustancia vital cuya ausencia mata, sobreentendiéndose que en lo antedicho no hubo otro alimento.

Falta a mi entender un experimento complementario, para hacer más completo el resultado; esto es, el haber alimentado a otro, solo con la cortícula del arroz, para comparar la duración de vida entre la corteza sola y el resto del arroz: no sé si esa prueba se ha realizado.

Faltan también varios experimentos de laboratorio, ajenos a mi ocupación y a mis lecturas especiales; pero es muy cierto y con suave ironía lo dice el Dr. Camúñez, que ya la *química mercantil* se ha apoderado de lo poco existente y tenemos *vitaminas* para rato.

A fuerza de quintaesenciar las cosas, a fuerza de querer diferenciarlas y

encontrar en un solo punto lo principal, se vuelven a el cabo del tiempo a el principio general, de que no en un elemento, en una parte, está todo lo principal y necesario: se roza esto en los problemas médicos, con el exclusivismo de la especificidad, que cada vez se va ciñendo más a contados y concretos hechos: por el contrario, en los diagnósticos de infecciones, entran cada día más las asociaciones de gérmenes; las cooperaciones de razas, la intervención de otros elementos que aun siendo secundarios hay que contar con ellos; en el orden medicamentoso, se va por las asociaciones opoterápicas y farmacológicas: tal vez haya el peligro de una nueva torre de Babel, donde acabemos por no entendernos, en patología, etiología, formas morbosa y terapéutica.

Esta ligera apreciación va encaminada a el recuerdo de lo elemental, conocido y antiquísimo por cierto, de que no pueda prescindirse en la Naturaleza, de la Naturaleza misma: en los alimentos, hace falta el conjunto; mientras más se divide, se elimina y se alteran todas sus partes, menos efecto beneficioso producen.

En el estado natural, hay que tener en cuenta dos factores: lo que en el producto sea animal, vegetal o mineral hace falta para su propia constitución y existencia, y la que nos es necesaria para la función nutritiva, contando con la debida preparación: hay ciertamente que prescindir de una parte o modificarla; pero no se puede concretar a una sola.

La proporción y forma en que se encuentran los elementos indispensables, protéidos, hidratos de carbono, grasas, y minerales tanto en el reino animal, como en el vegetal, las infinitas formas que ofrece en cada sistema, órganos y glándulas, están en gran parte determinados ya por la Ciencia.

Concretando a la Vitaminas es muy probable se trate (creo) de nombres nuevos de cosas antiguas; esto es que el hecho conocido y sancionado por la experiencia, de que el trigo, el arroz, la cebada, etc, son más nutritivas y necesarias a la vida en conjunto que en partes, no significa que en la corteza de esos granos ni de otros análogos vegetales, esté el principio indispensable y único para la alimentación sino que en diversas proporciones y en el total se encuentran: no habiéndose llegado a determinar, ni su composición definida, ni su sitio exclusivo, ni la cantidad y forma que en cada parte del vegetal estén: hay por tanto, que utilizar, todo, eliminando aquello que se demuestra inútil.

En la práctica de los niños, en la preparación de sus papillas, (punto esencial que conviene a esta Revista,) ha de preferirse desde luego el alimento, lo más completo posible.

Las albúminas vegetales, de los que las globulinas son parte importantísima, tienen diversa situación en el maíz, el trigo, la cebada, el centeno: según el carácter de solubilidad por los alcalinos o de precipitación por los ácidos o por el fermento la b, dan la legumina, la gluten caseína, o la edestina de Chittenden y Osborne que se encuentran en la cebada, arroz, trigo y maíz: la conglutina de los altramuces, la miosina de las habas, la avenalina, las proteínas vegetales solubles en alcohol y tan abundantes en el pan, etc, dan idea de ser las vitaminas o de estar con ellas íntimamente relacionadas: aunque bastante más, bajo el punto de vista estructural y químicos pudiera aducirse, no es la índole de esta revista dedicada a propaganda pediátrica y vulgarización práctica, a propósito para la técnica

biológica de tan transcendental tema, como acertadísimamente indica mi buen amigo el Dr. Camúñez.

En resumen: que la vitaminas son indispensables: que en la preparación de los alimentos infantiles, no deben prescindirse de la fina cortícula de los granos (nombre vulgar) vegetales: que hasta mayores adelantos en el estudio de las vitaminas, no pueden deducirse afirmaciones concretas ni definitivas.

DR. GÓMEZ PLANA

(Continuará)

La vacuna antituberculosa

Al Sr. Gracia Juderías competente y cultísimo Inspector Provincial de Higiene Pecuaria, que sobre esta misma materia dió una brillante conferencia en el Centro Escolar Gaditano el pasado año.

Antes de comenzar mis estudios en la Facultad de Medicina, tuve ocasión de leer en una revista profesional cuyo nombre he olvidado, una exposición de los felicísimos descubrimientos de Ferrán de que vamos a ocuparnos; pero como pasasen los años de mi vida escolar sin que nada se me dijese, a punto estuve de dudar de la veracidad de lo que había leído y sólo confusamente recordaba.

Grande fué mi júbilo cuando una monografía del autor vino a mis manos, y la obra de Patología Médica, de García del Real, me ilustraron suficientemente acerca de la exactitud, enorme transcendencia y fecundidad de los pacientísimos trabajos e investigaciones del sabio e inmortal bacteriólogo de Tortosa, autor, como sabemos, de la vacuna anticolérica (1885); de importantes modificaciones en la antirrábica; el que preparó el camino a Behring, demostrando la eficacia de las inyecciones de sangre de convaleciente en el tratamiento de la difteria; autor, con Haffkhins, de la vacuna antipestosa; con Fraenknel, de la anti tifífica, etcétera, etcétera.

Prometí ocuparme de la vacuna antialfa o vacuna antituberculosa, y lo hago en este sitio, porque al pediatra debe estar reservado el puesto de centinela avanzado en la lucha antituberculosa, porque esta vacunación, como medio profiláctico contra la tuberculosis, es tanto más racional y eficaz cuanto más precozmente aplicada. Al mismo tiempo, quiero contribuir con mi pequeño esfuerzo a la difusión de estos nuevos y provechosos conceptos, aspirando, al menos, a que los que por ignorancia nos tachen de *heterodoxos* y *revolucionarios* acaso, mediten un poco y lean detenidamente las publicaciones de Ferrán y no nieguen nunca *a priori*, no sea que en tanto condenan a Galileo, «nuestro globo sin cesar navegue en el piélagos inmenso del vacío», no ocurra que años después de no atender y olvidar a Isaac Peral, vayamos al extranjero a comprar submarinos.

Afirma Verdes Montenegro que la tuberculosis es una *especie patológica decrepita*; que la humanidad, en su incesante lucha, ha adquirido especiales condiciones de resistencia, y pruébalo el hecho de presentarse con caracteres epidémicos y curso agudo en los países hasta entonces vírgenes de ella; prueba asimismo la mayor resistencia de nuestra raza, la desproporción existente entre la morbilidad y la mortalidad; podemos considerar al 100 por 100 (o muy cerca) de los adultos en nuestros países, como infectos y con lesiones de mayor o menor extensión, ya estén o no en estado latente: recordemos lo que dice Arloing: «cuando en un cadáver no encontréis lesiones tuberculosas, seguid buscando más y no deis por terminada la autopsia». Resulta, en vista de ésto, que la mortalidad no es grande comparada con la morbilidad.

Desde nuestra más tierna infancia, la naturaleza nos vacuna y revacuna repetidas veces, haciéndonos padecer infecciones atenuadas que con facilidad vencemos y nos conceden una inmunidad relativa más o menos durable y de la que depende en mny buena parte nuestro porvenir. No debe olvidarse que hay factores que hacen perder la inmunidad, sea ésta natural o adquirida. No hablamos de la herencia de la tuberculosis enfermedad, porque estos casos son completamente excepcionales, y el hecho de haber familias especialmente castigadas debe explicarse de otro modo.

* * *

Hoy no podemos hablar, como ayer, del contagio de la tuberculosis: allá van hechos.

¿Por qué es tan poco frecuente la tuberculosis conyugal?

¿Por qué afirma Freymuth que no hay un caso claro demostrativo de que un adulto sano, viviendo en un sanatorio en contacto continuo con los enfermos, haya adquirido la tuberculosis?

Durante veinte años—dice Ferrán—han pasado por las aulas de mi laboratorio miles de cobayas que, con sus lesiones tuberculosas abiertas, han contaminado las aulas y el forraje que comen. Con estos cobayas han convivido centenas de cobayas sanos, sin que *ni uno sólo se haya contaminado*.

Inoculados los bacilos ácido-resistentes de Koch en cultivos puros o virulentos, o haciendo respirar el polvo resultante de la desecación de esputos u otros materiales tuberculosos a los conejos de Indias, éstos sucumben, y en sus lesiones encontramos tubérculos: ahora bien; ni las condiciones del experimento son las naturales; ni su evolución se parece en nada a la tuberculosis espontánea, sobre todo si se comparan con esas tuberculosis de tipo inflamatorio, escasa producción de tubérculos y curso agudo que en ocasiones observamos.

El concepto clásico de *la contagiosidad* de la tuberculosis *debe modificarse*. Leed a Verdes Montenegro y veréis la importancia que concede a las defensas en el adulto, que lo hacen poco menos que inexpugnable al contagio; recordad a Behring, el que afirma que la tuberculosis pulmonar representa en resumen el final de la canción que a los tísicos se les habrá cantado en la cuna.

* * *

Es el bacilo alfa de Ferrán (1) un germen no ácido resistente que tiene grandes afinidades con el grupo coli-tífico; es poco exigente para su desarrollo; extraordinariamente ubicuo, da lugar a procesos de naturaleza inflamatoria, y despierta en el ser que parasita la creación de antitoxinas, al par que confiere inmunidad. Existen dentro de la misma variedad diferentes razas dotadas de distinta virulencia.

En ocasiones, cuando este bacilo deja su vida saprofita y actúa como parásito, en ocasiones no frecuentes ni bien determinadas, este microbio sufre una *mutación brusca* y se transforma en ácido resistente de Koch con todas sus propiedades.

A su vez, en determinadas circunstancias el bacilo de Koch puede transformarse fuera del organismo en otro germen muy parecido al bacilo alfa, pero no idéntico a él.

En tanto el bacilo alfa tiene toxinas de naturaleza albuminoide, el de Koch, juntamente con ésta, tiene otras toxinas de naturaleza lipóide; éstas son las que originan los procesos esclerosos y caseosos; aquéllas, las de tipo inflamatorio; éstas no dan lugar a la formación de antitoxinas, o lo hacen débilmente; aquéllas, como decíamos, sollicitaban con facilidad y energía su formación.

* * *

Juntamente con estos hechos, *ha logrado Ferrán demostrar* que la tuberculosis es un proceso complejo; es, en realidad, la última etapa de dos enfermedades superpuestas y consecutivas; actúa primero el bacilo alfa, y si las vacunaciones espontáneas que nos hace no nos inmunizan del todo o lo hacen deficientemente, entonces, y andando el tiempo, tiene lugar la *mutación brusca* de ciertos bacilos alfa en bacilos de Koch: esto puede verificarse lentamente y en escaso número, y entonces el proceso podrá limitarse y no pasar de focos aislados; pero si el poder antixénico del individuo está mermado, entonces los bacilos de Koch se adueñarán del terreno, acaeciéndose con frecuencia que la nueva raza existe y perdura, al par que desaparece aquella otra que le dió origen. Las asociaciones microbianas de gérmenes extraños, incluso piógenos vulgares, vienen a agregarse.

Según Ferrán, la tuberculosis comienza siempre por procesos debidos al bacilo alfa; sustraernos a su acción no es posible hacerlo de modo directo; sí de modo indirecto.

* * *

Del mismo modo que la vacunación contra la rabia y otras vacunaciones preventivas son eficaces a saciedad, la vacuna contra los procesos originados por el bacilo alfa es igualmente útil. Hecho demostrado en el laboratorio y en la clínica, y su utilidad sube de punto si tenemos en consideración lo anteriormente

(1) En nuestro artículo anterior, "Profilaxis de la bronconeumonía", entre otras erratas, aparece una que sería subsanada por la fácil inteligencia del lector: en lugar de decir bacilo alfa, decíase repetidas veces bacilo x.

expuesto, pues con ello podremos arrancar de raíz el mal que tantos estragos nos ha hecho y podemos oponerle las infranqueables murallas que sabemos oponer al cólera, a la viruela, a la rabia y a otras muchas enfermedades infecciosas.

La vacuna antialfa está constituída por varias razas que se han visto transformar en ácido resistente y otras producto de la regresión y pérdida de la ácido-resistencia de los bacilos de Koch.

Es perfectamente tolerada por sanos y enfermos y produce escasa reacción.

El momento más oportuno para practicar la vacunación preventiva es aquél en que el organismo no ha sido visitado aún por el bacilo alfa; de aquí que todos los lactantes deben sufrir esta vacunación *cuanto antes mejor*.

En la primera etapa de la tuberculosis, en la fase en que ya el individuo es vector de bacilos alfa, también es eficaz la vacunación, cosa que no debe extrañarnos, ya que todos hemos tenido ocasión de comprobar los buenos resultados de las vacunas curativas contra los procesos estafilocócicos, los estreptocócicos, ciertos procesos debidos al gonococo, etc. Pueden reforzarse sus efectos empleando simultáneamente el suero antialfa.

En los casos en que el bacilo de Koch domina el proceso, poco pueden servirnos ni la vacuna ni el suero.

* * *

En cuanto a posología, conviene advertir que pueden, sin ningún inconveniente en los recién nacidos, empezarse inyectando dos décimas de centímetro cúbico, y en los niños mayores de cinco años medio centímetro cúbico: estas dosis deben repetirse cada ocho días y aumentarse gradualmente hasta alcanzar la cifra de diez centímetros cúbicos como dosis total inyectada.

Bueno será hacer constar que aún falta mucho que investigar a propósito de la actuación del bacilo alfa en muchos procesos de desconocida naturaleza y contra los que quedaríamos indemnes una vez vacunados con la vacuna antialfa; acaso muchas afecciones sean producidas por este germen, como parece haberse en parte demostrado.

* * *

Quedaríamos altamente satisfechos si las presentes líneas hicieran, al menos, nacer en los incrédulos una curiosidad que los moviera a beber estas aguas en las propias fuentes de origen.

F. QUIÑONES

Tendencia moderna de la "Gota de Leche"

Desde el primitivo modelo de Gota de Leche que creó Delfour, hasta el de actualidad, esta institución ha evolucionado sin cesar, pudiéndose decir que ha cambiado su objetivo primordial.

Poco a poco su institución hermana «Los consultorios de niños de pecho», han ido reemplazándole y ocupando su lugar.

La Escuela de Madres, las Cantinas Maternales y las Creches, son las obras complementarias para un funcionamiento completo.

Sabido es que la lactancia artificial es un procedimiento que da buenos resultados cuando la *reglamentación y la vigilancia médica son muy rigurosas*; pero cuando es guiada solamente por profanos o por el instinto materno, es seguramente el medio más considerable de aumentar la mortalidad infantil, por los trastornos digestivos que produce.

El éxito de las Gotas de Leche depende, pues, de la *dirección médica* y de la *acción social*. Si el médico encargado de ella no posee estudios especiales y está bien familiarizado con los problemas de la lactancia, la Gota de Leche será una institución que fomente la lactancia artificial, y se convertirá en una obra perjudicial y nociva, ya que la alimentación por el biberón es un arma de dos filos, cuando no está científicamente dirigida.

Es más, para el buen éxito de una Gota, no es suficiente una buena organización médica, si no va acompañada de una intensa acción social ejercida por las damas del Patronato o las enfermeras visitadoras. Los niños de la clase pobre mueren por la miseria, y *la alimentación es solo una faceta de ésta*, pues tenemos otras causas, como la ignorancia de la higiene, la falta de trabajo de los padres, la mala vivienda, la deseducación, los prejuicios maternales y la corrupción del hogar, que hay que combatir a la vez, si queremos cumplir una verdadera protección, y que no se consigue con dar biberones esterilizados.

Supongamos que el médico ha hecho un buen diagnóstico del trastorno digestivo y le ha aplicado el régimen adecuado; la Gota de Leche le proporciona gratuitamente en buenas condiciones la ración alimenticia que necesita; ¿ha terminado aquí la influencia protectora? Es preciso *vigilar aquella madre, enseñarle de una manera práctica cómo se viste, lava y alimenta a su hijo*, cómo es compatible sus ocupaciones con los designios de la maternidad, llevarle ayuda espiritual y alentadora, darle consejos morales, vigilando el cumplimiento de los preceptos del médico, y además estudiando la situación social de aquella familia, para remediar en lo posible las causas de la primitiva situación. Hay que dar trabajo al padre, educación a los hijos, encaminar los enfermos a los dispensarios especiales, indicarles las medidas legales y las obras benéficas que de una manera o de otra pueden ayudarles, etc., etc.

Si paralelamente a una organización médica de una Gota de Leche no hay una organización social ejercida por las damas del Patronato (que cumplen esta misión por altruismo), y por las enfermeras Visitadoras (personal retribuido que tiene esta obligación), el rendimiento de la Gota de Leche es mediocre e insuficiente, y puede decirse que cuando *no existe este complemento, el gasto de su sostenimiento no compensa ni con mucho los reducidos resultados que se obtienen*. Si en una Gota de Leche no hay médicos especializados y un Patronato *verdad*, la protección infantil es ilusoria y... tiramos el dinero por la ventana.

Ahora, en Granada, teniendo en cuenta que la mayor parte de las madres solicitantes pueden ser buenas nodrizas de sus hijos, a condición de alimentarlas bien y de vigilar la lactancia materna, se han organizado los Comedores Maternales, en donde por el mismo coste de los biberones se les da de comer a las madres, a condición de someterse a la lactancia vigilada.

Los Consultorios de Niños, la coordinación de las demás obras benéficas y la creación de las Obras Complementarias (Mutualidades Maternas, Comedores Maternales, Asilos para embarazadas, Creches, etc., etc.), son las tendencias que deben presidir a una nueva organización protectora. Las Gotas de Leche están llamadas a convertirse en *Escuelas Maternales* y en *centros de compleja protección infantil que extienda sus dominios hasta el seno de sus hogares*.

La lactancia artificial debe ser el *último recurso*, y por tanto, en vez de instituciones que directa o indirectamente la fomenten, necesitamos instituciones que combatan la miseria en todos sus aspectos, y que fomenten *por todos los medios* la lactancia materna.

Es preferible tener pocas instituciones perfectas, que no muchas de funcionamiento defectuoso. Una Gota de Leche bien organizada es una obra maravillosa, por ser un centro de Higiene Familiar; pero una Gota incompleta y abandonada es una Institución que, a más de llevarse todo el dinero que con mucho trabajo reúnen las Juntas, produce los resultados más desastrosos.

DUARTE SALCEDO,

Vocal de la Junta Provincial y Médico
de la Gota de Leche de Granada.

El alcoholismo

(CONTINUACIÓN)

» Los hombres de gobierno, a los cuales incumbe el riguroso deber de velar por la seguridad y grandeza de la patria, no podrán, pues, nunca meditar bastante sobre esas funestas consecuencias, puesto que sólo ellos se hallan en condiciones de poner coto, no pudiendo el médico, respecto a este particular, dar más que consejos, harto raramente seguidos.

» Así no vacilamos en emitir, bajo forma de petición, a nuestros legisladores, la proposición siguiente, ya formulada por nosotros en 1895, a saber:

» Prohibir en el territorio francés la fabricación y venta del ajeno y bebidas similares, atendido a que los aceites esenciales que encierran las bebidas ejercen una acción perniciosa en el organismo humano y cuentan entre las principales causas de despoblación y empobrecimiento de nuestro país.»

Como resultado de la propaganda contra el ajeno se estudia en Francia actualmente un proyecto de ley basado en un todo en la proposición de Lancereaux, salvo extender luego a otras bebidas la prohibición de su fabricación y venta. Pero si en Francia reinan esas corrientes, en España se generaliza de cada vez más el uso del ajeno y otros aperitivos, cuyos tremendos efectos no habrán de tardar mucho en dejarse sentir, contando así con la doble plaga del absintismo y el alcoholismo amílico.

Hay que decir, sin embargo, que en el entretanto consumen los franceses enormísimas cantidades de ajeno, habiendo manifestado no ha mucho M. Ribot, en la Cámara de Diputados, que durante el año 1906 ascendió el consumo a ¡340.000 hectolitros!

No es de extrañar, por lo tanto, que el alcoholismo produzca anualmente en Francia 80.000 víctimas, cuyo contingente provee de enfermos a la tuberculosis la locura, otras enfermedades y el crimen.

Es notable también que la embriaguez no recaiga ya únicamente en los hombres, sino que se haya extendido a las mujeres (con peores y más rápidos efectos que en el sexo fuerte), y aun se ha dado el caso de madres que daban a beber diariamente ajeno a tiernos niños de cuatro años.

Así se explica que la escasez de natalidad y el absentismo constituyan en Francia un problema que con el tiempo puede llegar a ser pavoroso.

(Continuará)

DR. OPISSO.

V A R I A

La Fiesta del Niño en Logroño

Han sido muy interesantes los actos con los que se ha celebrado en Logroño la fiesta del niño. En primer término, se celebró en el salón de actos del Instituto, el reparto de premios a las madres y nodrizas que con cuidados y solicitud más providente han atendido a la crianza de los niños en el período de la lactancia.

Luego se dió lectura por orden alfabético a la lista de «Madrinas benéficas», Institución novísima en su género, que tiende a amparar seres desgraciados, librarles de ese padrón de ignominia que el abandono de sus desalmados padres imprimió sobre sus frentes, dándoles apellidos propios y borrando para siempre el de «expósito» con que se les calificó hasta ahora.

El primer acto llevado a la práctica por esta Institución, fué trasladarse autoridades, comisiones y «madrinas benéficas» a la Casa de Beneficencia, en la que la señora del Gobernador había de actuar de madrina de un niño expósito, al que se le impusieron el nombre de Manuel y los apellidos Farré y Vargas, que corresponden al señor Gobernador y digna consorte.

Otro de los actos consistió en el reparto a los niños que asisten a la Cantina escolar, de prendas de vestir.

Alma de la Cantina escolar es la Sra. de Madroñero, maestra nacional de relevantes dotes. Hubo también función teatral, que resultó muy brillante.

Higiene social

Comprende tres puntos principales, a juicio de un distinguido publicista: 1.º, La conservación de la familia; 2.º, la abolición de la prostitución; 3.º, la profilaxis.

Hay que reconocer que para la institución y conservación de la familia deben cooperar de acuerdo el Estado, la Iglesia y la Escuela, y sólo así, y fundándola sobre bases morales y religiosas, se puede llegar a la formación completa de padres dignos e hijos bien educados. El segundo objeto de la higiene pública, o sea la supresión de la prostitución, se va abriendo paso entre las naciones cultas, que la consideran como un delito y se esfuerzan por abolirla.